

Raúl Barbalace

obra poética



(emch)*
EDITORIAL
MUNICIPAL
CHIVILCOY

Raúl Barbalace
obra poética

Barbalace, Raúl

Obra poética completa / Raúl Barbalace. - 1a ed. - Chivilcoy:
Municipalidad de Chivilcoy, 2016.

50 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-45805-3-5

1. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

Intendente Municipal: Dr. Guillermo Britos
Secretario de Cultura y Educación: Dr. Adrián Vila
Director de Educación: Ing. Eduardo de Lillo
Coordinador de Cultura: Daniel Guala

Octubre 2016

Editorial Municipal de Chivilcoy

Edición: Federico Capobianco

Ilustración de tapa: Pedro J. Natalizio

ISBN 978-987-45805-3-5

IMPRESO EN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial.

Gnosis

A Juan Ponce de León:

Combatió contra los moros en Granada y participó en la conquista de América. Enamorado de su joven sobrina, murió en las selvas del Nuevo Mundo, cuando intentaba hallar las fuentes de la eterna juventud.

Al Conde de Lautréamont:

Escribió los “Cantos de Maldoror”. Murió en París, en el otoño de 1870, a los 24 años.

I

Signos que no descifraré, os conjuro. No debo
recordar. ¡Oh hechicerías! Talismanes fatídicos
del sueño, os conjuro.

Hogueras rituales, palabras leves como alas, os conjuro.
Dulcísimos venenos de la noche, os conjuro.

Nadie conmigo. La madrugada, el vértigo. No debo
recordar. ¡Oh hechicerías!

Mano tibia que no reencontrará jamás mi mano,
despedidas húmedas de llanto, os conjuro.

No debo recordar. Lluvia, palabras locas, beso
mordido entre murallas. Os entrego al olvido.

Sueño soñado apenas, felicidad perdida e
inextinguible, os entrego al olvido.

No debo recordar. No debo. Espectros del desprecio y
del odio, os conjuro.

Os conjuro, fugitivos elíseos, palabras, cavidades
sulfúreas donde clamo, donde busco reposo.

Mi memoria es de niebla, de crepúsculos, de opacidad
hostil e impura.

Nadie conmigo. El viento. Las golondrinas muertas y
lejanas. El cielo es gris y amargo.

El llanto es gris y amargo, mi amor es gris y amargo.
No debo recordar. ¡Oh hechicerías!

¡Oh naufragios recónditos, quimeras, abismos de sal
llameante y árida!

II

Eres un sueño roto. Un gemido sin alas. Un ala
levemente horrorosa.

Tus ojos son blancos y vacíos, heridos de ceguera
eterna.

No lloras jamás. Sonrías igual que una torpe máquina.
Te he amado, sin embargo.

Como al inútil torbellino, como a una cicatriz antigua.
Como a la luz lejana e inaccesible, que nos arroja al
odio.

III

En la alborada, una oquedad roja burbujea. Los
anhelos derrotados resurgen. Estallan por
doquier sus floraciones lívidas.
¡Insaciables memorias! El resplandor de antiguas
agonías me envuelve.
Revolotean pájaros ciegos, llamaradas, graznidos
súbitamente impúdicos.
Veo naufragar falsos oasis. La resignación, las alegrías
simples, las tristezas pasibles de consuelo.
Un ansia eterna de martirio crece dentro de mí.
Anhelos de placer infernal, de corrompidos éxtasis, de
rebeldías satánicas y crimen.
Heme aquí. Traficante, poeta, violador, verdugo.
Frecuentador de lupanares y de manicomios.
Explorador negro de mis entrañas corroídas.
Sangrientas pesadillas me rondan.
Bajo la mirada cínica de Dios, mi existencia se retuerce
como un reptil llameante.
¡Oh esperanzas, oh pureza inasible! Sólo en el cielo
blanco de los hombres sin alas
vuestro espejismo atroz fosforece.

IV

He bebido un gran sorbo de muerte. El sol me ciega.
Siento el odio del universo entero en mi carne.
(¡Al fin, bajo mis pies la cima!)
He aquí la tiniebla: la luz huye ante mí como la
sombra huye ante la luz.
He aquí mi reino. Mi maldición estalla como la muerta
piel de los atardeceres.
El mundo. La naturaleza. La anarquía de las formas me
ha penetrado.
Navego a solas sobre el espejo negro de mi Estigia. Una
siniestra felicidad gime.
Quiero huir. Huyo. Mi noche está colmada de recodos
ardientes. El hambre de mujer me incendia.
Reconozco mi reino. La soledad, el vacío. Existir es
morir durante un largo instante.
Ni un vestigio de paz. Ni un resplandor en las
tinieblas. He llegado.
Debo seguir andando, pese a todo. Silencio. Mis pies
derivan entre tumbas ignotas.
Ríos oscuros corroen el laberinto donde giro.
Inescrutables nombres. La infinitud de la muerte me
oprime como una marea inmensa.
He aquí mi reino. El sexo, la embriaguez, la demencia
me han abandonado. Dios selló sus palabras.
Resbalo hacia la eternidad, ardiendo en lucidez
horrible.

V

Tengo tu adiós que aún quema en mis manos como un
carbón fatídico.

Tengo tu sombra leve, tengo el recuerdo ardiente de tu
sed que gime entre mis brazos.

Tengo todo el dolor para llorarte por una eternidad
crispada y ciega.

Eras la redención y la esperanza. El presentido oasis.

Dabas razón de todos los enigmas.

Llegabas como una tímida vislumbre de claridad tras la
implacable noche.

Y en tus manos florecía la quietud igual que un lirio
cándido.

Así, rodé a tu abismo. Dejé marchar mi oblicua
opacidad junto a la tuya.

Y en inhóspitas playas construí con quimeras el más
desamparado reino.

Y fue preciso entonces el escarnio. Fue preciso
descender hasta la desesperación y el odio.

Fue preciso morir todas las muertes, nombrar todas las
formas del horror, transitar todos los infiernos
para hacer de tu vida sin sol una tensa aventura.

Hoy, más allá del sueño y la agonía, cuando el
sufrimiento se ha consumido al fin tras los
puentes en llamas,

siento que un torbellino eternamente hostil recorre
aún mis noches.

Olvidaré. Tu voz, tu rostro, tu perfume. El rencor y el
olvido crecerán en mí día tras día.

He de nombrarte aún. Repetiré los inútiles gestos que
intenten arrancarte a las sombras.
Contemplaré aún la nostalgia de tu universo
inaccesible,
con tu ausencia apretada a mi piel como un sangriento
río.

Eternidad de abismo y pesadilla. Un sol muerto y
helado
me mirará girar en un mundo desierto,
y el antiguo rumor de la lluvia
repetirá rituales sobre el gris insaciable,
mientras mi voz olvida, mientras mi amor olvida,
mientras el tiempo rueda
sobre tu sombra inextinguible.

Tengo tu adiós que aún quema en mis manos como un
carbón fatídico,
y en la perennidad del silencio reconstruyo
la clave amarga de tus pasos.

VI

Una nube vestida de medusas surcaba la levedad astral
del llanto
y era tu voz una túnica dorada sobre un cuerpo de
algas fosforescentes.

Pero el viento callaba.
Pero el sol crecía sobre nuestro amor como un presagio
lúgubre.
Y todo era una ciénaga verde que nos envolvía.
Y todo era yerto y oscuro a nuestra mano.

Lejos, palabras ciegas espoleaban abismos
entre fuegos fatuos y susurros,
en alcobas cerradas.
Lejos, gritos de ahogados en los muelles
recorrían la espalda de un oscuro navío sepultado en la
niebla.
Y tú morías en mí,
aferrada al sueño como a la tabla roja de un naufragio,
aferrada al ayer y al delirio
ceñida al mar hirviente del silencio
gritando soledades.

Y tú crecías en mí,
y eras de nuevo estrella, desgarrado pájaro en cavernas
de espuma.
Y de nuevo buscabas la tela humeante del aullido
bajo mi tensa muerte.

VII

Mis diez años se erguían sobre el purpúreo cauce del
deseo.

Noche a noche, el asco y el horror me acechaban tras
los cristales rotos
y una sensualidad rancia y crispada me hacía muecas
desde los rincones en sombra.

Mi casa, mis diez años. Crepuscular refugio del terror y
la muerte.

Los expulsados de la vida sollozan por detrás de mi
hombro.

El Mal calla y espera.

¿Adónde iré, con sus cadenas en mis pies quebrados,
con su semilla horrible en las entrañas?

Solos: la Muerte y yo, el Demonio, el Deseo.

Desde la luz, desde las sombras, desde todas las grietas.

Cuelgan como arañas en las paredes sucias.

Y una mujer-reptil se desliza sigilosa en mi lecho.

Cabe en mi puño frágil de diez años, se remansa
en el calor negro de las sábanas, entre mis flacos
muslos de adolescente

y recobra su candidez de abismo

en el chorro de semen que humedece mis manos.

VIII

Con una cruz de niebla sobre el pecho,
con un puñal de espigas truncas,
con un llorado llanto de arcilla y musgo,
llegas cada mañana.

La oscuridad y la luz te preceden
y el latido de un ave de cristal y de preguntas gime
en tu voz muerta,
y en la guitarra de tus huesos busca
la vertical piedad, los pies del universo
y el soplo de la luz vuelto sepulcro.

Llegas
rasgando cielos de coral, quemando la rugosa piel del
aire,
mientras se anega en lirios tu silencio,
mientras creces en tumbas, en lloviznas,
en ateridas alas.

IX

El viento en el cristal destella.
Un desolado otoño transita antiguas lluvias
y atardeceres pálidos.
Cruzan oscuras alas por mi noche
y grazna un silbo hostil
desde mis manos que remontan ayer un cielo inmóvil.

Rústicos puentes nos separan
y vanamente el amor fragua espejismos entre mis
 puños.
Como a un oasis de sal, como al desgarrado sueño del
 día regreso
hasta tus playas mudas,
donde sólo hay olvido y muerte y lágrimas
y una luna espectral que me nombra.

Lo sé:
el corazón no es sino un pez ciego que se ahoga en el
 foso del aire,
y tu presencia un agitarse oblicuo despeñado hacia el
 vértigo.

Allí,
ecos perdidos claman en la niebla;
sobre estériles caminos ruedan nombres,
y la luz signa ocasos,
más allá de arenas trucas y silencios.

Lo sé:
hoy tan solo la rígida tibieza de mi sangre te evoca,
y sólo en el cristal mi piel desdeña
tu caricia impura y el color impasible del alba.

X

Tal vez nunca lo sepas.
Sobre el brumoso territorio de tu piel, sobre tu mundo
hostil e inmóvil,
nunca la estéril sombra de mis alas quietará su vuelo
y así el refugio amargo de todas mis esperas será un
aullante páramo,
tan ardiente, tan acre
como tu indiferencia o tu desdén.

Debo negar, no obstante, la dulzura
de un juramento abstracto, de un ideal de amor puro.
Yo he deseado tu cuerpo, la humedad tibia de tu sexo,
tu saliva,
trasegada a mi boca.
He deseado el sombrío abandono de las madrugadas,
la agria oquedad en tus axilas.
Y aunque jamás mi anhelo
halló en la llama de tu piel reposo,
he contemplado largamente, sumergido en
desbordadas criptas,
tu desnudez obscena, la claridad lunar de tus
miembros crispados.
He mirado tu boca recorrer la tensa catedral azul de
otro sexo
y he escuchado los gemidos de amor que otro amor te
arrancaba.

Y no habrás de saberlo. El llanto
de mi insaciada sed no agitará tu oído.
Sobre las sábanas manchadas, sobre tu piel que huele a
semen y a desprecio,
estrujaré mi corazón entre piedras
y volveré a anhelarte,

más allá del rojo verano donde vibras,
más allá del cauce de ceniza y serpientes que recorres
y que en la confluencia del horror nos acerca.

XI

He de morir de ti. Tu cuerpo como un halo de
incandescente luz estalla
en desnudez astral sobre la arena.
Y tu emponzoñado corazón destila
su hiel, su pus, su machacada entraña de reptil
amputado,
sobre los pobres sueños que te rondan.

XII

La vida se construye con lentitud de abismo
sobre las raíces del silencio.

Una mano se suelta. Un balbuceante corazón rasguña
los implacables muros,
mientras la noche oscila ante los ojos con avidez de
ciénaga.

La vida se construye como una lenta torre,
en un país de ocaso y pesadumbre,
donde los vientos agonizan.

XIII

Sólo fragmentos de mí
se sobreviven:
(Manos. Ojos. Rodillas.
Una voz rota que se hunde
en la insaciable madrugada.)

XIV

La solitaria noche me corroe igual que a un puente
las torrenciales ondas.
Miro gotear mi tiempo en la negrura con pesadez de
siglos.

La muerte aún. Los nombres. Cavernas de
abominaciones y de caos:
(Un estertor, un gorgoteo. Una voz agonizante que
clama.
Una grotesca suplica de eternidad que se extingue sin
ecos.)

Pero ni paraíso ni infierno. Sólo un cegado laberinto
estalla
allí donde la luz se curva en el vacío
donde todo rumor se hace tiniebla
y el carcomido rostro
de la disgregación se crispa entre gusanos.

XV

Como sucede siempre,
las aguas retornarán, pronto, a su cauce.
Sólo habrá sido un espejismo más. Apenas un sutil
soplo de brisa
que, fugazmente, acarició mi rostro
una tarde lejana de febrero.
Todo estará, entonces, en su sitio. Tú te habrás
marchado, y yo, acaso, habré logrado odiarte. El
corazón reconocerá otra vez los páramos
donde está confinado eternamente.
Ya no habrá magia ni enigmas. El sol saldrá cada
mañana, recorrerá el cielo, se hundirá en el
crepúsculo. Los días y las noches se sucederán sin
sobresaltos, como corresponde.
Otra vez
el mundo será un lugar horrible,
y yo seguiré viviendo
para nada.

XVI

Fuiste sabio en morir,
hermano mío;
pequeño hermano mío muerto en París, en pleno
amanecer,
un día de otoño.

Fuiste sabio en morir, sin esperar que el tiempo
te convirtiera en grietas, en abismos,
en eslabón de carcomidos puentes,
en raíz tenebrosa.

Fuiste sabio en morir. Aunque hoy tan solo
la niebla y yo, en la profunda noche,
te evoquemos.

XVII

Un cuerpo de mujer es como un puente infame.
Es como un sol mordido de tinieblas.
Es un presagio atroz ante un espejo.

Un cuerpo de mujer es como el alba de un día
tempestuoso.
Es un ceñido túnel de piel ciega y ardiente.
Un cráter cercenado por fatídicos goznes.

Un cuerpo de mujer es una fuga eterna,
un infinito exilio.

XVIII

Sólo me es dable contemplar la muerte. Todo fulgor se
quiebra entre mis dedos como un cristal impuro.

Sólo el vacío me habita. Inmensamente estériles, mis
palabras naufragan en un atardecer sediento.

Sima de agonizante incertidumbre. Yazgo entre
sierpes, entre manos cortadas, en la mortal raíz
del odio.

Amurallado en el silencio, existo. Lejanía del milagro.
Mi corazón se busca vanamente en cada hostil
recodo del camino.

No soy sino el deseo. Frescor de labio joven, levedad de
caricia sobre la piel ardiente y solitaria.

He buscado la noche. He buscado nombrarme en los
éxtasis del amor maldito, en el celeste infierno de
la carne.

Existo. Ruedo sobre la sombra atroz y el desamparo.
No soy sino tinieblas. La eterna ausencia gira en mi
universo como un planeta lúbrico.

Como un silencio inacabable, existo.

XIX

Sobre espejos trizados, sobre lápidas,
sobre gimientes cauces que confluyen al filo del
abismo,
sobre tu apenas muerte y una esperanza antigua
cercenada en tus puños,
miro rodar los días,
miro ambiguos ocasos que incendian lentas naves
y timoneles pálidos,
y hallo que en férreas alas se ha trocado tu sueño
y en ácido clamor tu nombre.

No eres sólo memoria,
ni leve resplandor, ni olvido,
ni hoja astral de ceniza que en la piedad del viento se
disgrega.
No eres la flor del hierro vulnerado dormida entre
azahares,
ni el celeste cansancio.
Como la herida luz o el ciego amanecer retornas
en signo, en fuego, en gritos,
en pasos solitarios que persiguen alucinadas sendas,
en agudas palomas, en destellos
de inalcanzadas cumbres,
y en anónimas muertes y en conjuros.

Crece espigas tu nombre, en tanto habitas
las lluvias, los ocasos.

Índice Gnosis

I.....	Signos que no descifraré
II.....	Eres un sueño roto
III.....	En la alborada, una oquedad roja burbujea
IV.....	He bebido un gran sorbo de muerte
V.....	Tengo tu adiós que aún quema en mis manos
VI.....	Una nube vestida de medusas
VII.....	Mis diez años se erguían
VIII.....	Con una cruz de niebla sobre el pecho
IX.....	El viento en el cristal destella
X.....	Tal vez nunca lo sepas
XI.....	He de morir de ti
XII.....	La vida se construye con lentitud de abismo
XIII.....	Solo fragmentos de mí
XIV.....	La solitaria noche me corroe igual que a un puente
XV.....	Como sucede siempre
XVI.....	Fuiste sabio al morir
XVII.....	Un cuerpo de mujer es como un puente infame
XVIII.....	Sólo me es dable contemplar la muerte
XIX.....	Sobre espejos trizados, sobre lápidas

De soledades y naufragios

I

Desde hoy, como a través de atroces muros,
como entre espigas muertas, como sobre torrentes y
espejismos,
vuelvo a arrojar mi voz,
más allá de la sombra y el silencio.
Trizo las duras cúpulas
donde la luz se anega en sangre,
y una aterida libertad florece
en sulfúreas hogueras,
en esteros amargos y borrascas.

Hay un latir de aguas oscuras,
hay pegajosas manos con salitre y moho,
lagos de pus, azufre, medianoches,
allende los caminos,
allende las fronteras últimas, los límites,
que persiguen mis pasos,
y que la furia de mi voz no alcanza.
Hay espirales rotas y lloviznas
infinitamente inmóviles,
y desvanes polvorientos y relojes y escobas.
Y en medio de ellos mis palabras caen
como purpúreas lágrimas,
como coágulos negros que ruedan
entre polvo y olvido.

II

Sé que nunca mis ojos
volverán a contemplar el bien
y que mi corazón amurallado
ha de extinguirse en un perpetuo exilio.
Náufrago en la tempestad,
bestia perdida en un mundo grotescamente roto,
sólo habré de llevarme
el roce leve de tus manos,
el resplandor de tu sonrisa cálida,
como un secreto infierno
irredimible.

III

No soy sino esta muerte que me habita
con su implacable eternidad de abismo;
no soy sino desierto y espejismo,
hirviente arena o devastada ermita.

No soy sino lo arcano, la infinita
esfinge eternizada en su mutismo,
feroz augur, espectro de mí mismo,
silente mar o umbrosa estalactita.

No soy sino la sed, la piel sangrante,
este tenaz clamor frente a la nada,
esto eterno trizado en cada instante

y esta avidez absurda y obstinada
de buscar siempre, allende un sol distante,
paz, tibieza, quietud, puerto, alborada.

IV

Pude morirme en solitarios páramos
sin hallarte jamás. Sin saber, siquiera,
que existías.

Pude no verte nunca.
Pude medir tus calles, cada noche,
con mis desamparados pasos,
sin siquiera soñar
que llegarías alguna vez a amarme
y que tu sed y tu odio me acechaban
en un lugar del tiempo.

Pude, tal vez, no amarte.
Pero elegí este sueño y esta muerte
para, un día, ofrendártelos
como una flor, al borde del camino.

V

Este irme sin regreso, este alejarme
de lo que amo y construyo cada día,
este rodar sin brújula y sin guía,
este llegar al mundo y ya marcharme.

Este morirme en mí, sin un adarme
de pureza, de paz o de armonía,
este indagar incierto, esta agonía
de ansiar cuanto la vida niega darme.

Y este mirar trocarse el cielo claro
de fugitiva luz en sima oscura
son mi razón de ser, sostén y amparo.

En tanto mi alma en vano hallar procura
una distante estrella, una esperanza,
que, doliente, mi anhelo nunca alcanza.

VI

En un rincón del tiempo te has quedado,
pura nostalgia y puro sentimiento,
gris sobre gris, errante ala en el viento,
triste girón de otoño alucinado.

Habitas la penumbra y el pasado
y un acre mar de olvido y desaliento;
(sueño crispado e inerme, te presiento
por un túnel en sombras, a mi lado).

Oigo tu voz, y despiadadamente
me llagas con tu sed de ánfora ardiente
y con tu piel de ocasos y quimeras.

Y en desgarrada ausencia se eterniza
sobre cauces de pálida ceniza
tu herido ayer sin llanto y sin esperas.

VII

Eras como un cielo de tempestad hacia el cual nadie
alzaba ya los ojos.

Eras la penumbra, el estertor, el desvaído gris que ardía
en los rincones de tu horrible morada.

Eras la sed, la angustia, los conjuros. Eras la lenta lluvia
de los atardeceres cargados de presagios.

Eras el acre aroma de la noche.
Y eras la piel deshabitada y lúgubre
donde sólo mi corazón fraguó espejismos.

VIII

Hoy como ayer, la vertical presencia
del árbol renacido me acompaña
y en el perfil mordaz de la espadaña
tiembla un rumor de azul reminiscencia.

El saucedal brumoso reverencia
la riada tibia que sus frondas baña,
mientras un tiempo de ocre y telaraña
cubre un sendero antiguo de inocencia.

Aquí, en horas lejanas, la aventura
pobló de ensoñaciones y poesía
mi libertad deshabitada y pura.

Y aquí, duende tenaz, mi fantasía
late en ecos de errante singladura
sobre mi ocaso y mi melancolía.

IX

Un plenilunio de grillos
danzaba astral sobre el aire
y los tejados plateaba
su herido fanal errante
cuando, entre ahogados susurros,
desde un tiempo sin edades,
sediento y desarraigado,
puse mis pies en tu calle
y hasta tu puerta entornada
llegué con sombra y puñales.
Cielos de inciertos ocasos,
hinchidos de tempestades,
desdibujaban abismos
sobre tu mundo sin nadie
e incendiaban de fulgores
las nieblas crepusculares.
Trizada luz, centelleo,
era mi sangre sin cauce
y era un quemante alarido
tu pasión suelta en el aire
y eran dos puñales turbios
nuestras turbias soledades.
Después, se durmió la noche
tras los dormidos cristales
y un viento de polen rojo
besó las dormidas calles.
Solos tú y yo, fuego y lumbre,
concretos e inexorables,
rojo polen, río en sombras,
rotundos y fantasmales,
entre gemidos y muertes,

entre amapolas y azahares,
vimos poblarse el silencio
de llamas y claridades,
de ávidas flechas agudas,
de aguda lumbre y de sangre.
Lejos, oscuros navíos
forjaban inmensidades,
y un ala oblicua de brumas
susurraba entre los mástiles.

X

Han vertido tu sangre
para que el desierto floreciera.
¿Y por qué habría de florecer el desierto?
No es más bella una flor
que el árido guijarro calcinado.

XI

Llegas entre el girar de las hojas recién entregadas al
 olvido.
Entre despedidas de alas agudas, entre el eco
de rituales presagios.
Sobre esa tristeza, indefinida y leve, que impregna los
 crepúsculos.

Reconozco tu espacio sonoramente límpido, tus
 espejos
ateridos o humeantes;
tus nocturnas pisadas, duras y veloces como cascos.
Oigo el llamado, tibio aún, de tu arena infinita,
y en una ciega torre, en un laberinto de puñales, en
 polvorientas sendas,
ávidos cuerpos me reclaman.

Piel apenas gozada, sombra sólo entrevista sobre la
 rígida impiedad de los días
mi corazón de ocaso tórrido vuelve a preguntarse:
¿Dónde tus ángeles oscuros, dónde tus recodos de
 hierba,
dónde los altos gritos del deseo ceñidos a mi voz?

Pero he aquí que también tu leve paso desanuda hoy la
 lluvia.
Nuevamente su sonido puro me envuelve,
como el ámbito azul de la melancolía, como el amor o
 la nostalgia.
Y vuelvo a hallar en él lejanos sueños,

mientras miro latir sobre el mundo tu ancha mano de
niebla,
y puedo otra vez contemplar, infinitamente solo,
la tarde que se marcha con una sonrisa tristísima
o el día que renace entre lágrimas.

XII

Si hoy es la muerte el verte y no tenerte
¿será el dejar de verte menos muerte?

XIII

Quise ser la quietud, la certidumbre,
la noche, el mar, el tiempo sin memoria;
quise en cada recodo de mi historia
ser ígneo puente o desgarrada cumbre.

Quise anegarme en niebla, en pesadumbre,
en soledades de insaciada gloria;
quise hacer de mi muerte mi victoria
y de mi ocaso inextinguible lumbre.

Y un denso muro de aridez y olvido
cegó mi corazón, trizó mis ojos,
ahogó en tiniebla y sangre mi alarido.

Y una prisión de lúgubres cerrojos
trocó la cifra axial de lo vivido
en plenitud de llagas y despojos.

XIV

Al alba,
cuando los recuerdos sean apenas un lejano resplandor
sin enigmas
y silenciosamente contemples el devenir de rituales y
símbolos
sobre soles dispersos en tus ojos,
quizá busques mi sombra,
quizá la leve pausa de mi mano te baste.

Solos ante el abismo entonces
latirá en nuestro oído el áspero susurro que desdeñe
nostalgias.
A nuestros pies, la tierra
será un río infinito que huye.

Tendrás mi sed aún,
y sentiremos tal vez el cauce turbulento de la sangre
envolvernos.
Retornará en lentas espirales la noche.
Sobre escalas llameantes y cifras y puñales
te arrastrarán mis alas.

Solos ante el amor entonces
buscaremos
los gestos olvidados, las palabras
balbuceadas en secreta soledad apenas,
y un dios inexorable te hará decir mi nombre.

Es tiempo, amor:
aguárdame.

XV

Inerme al fin, a tu piedad entrego
mi estéril corazón de arcilla y fuego;
ciega esperanza ayer, tenaz latido;
hoy sima hostil en soledad y olvido.

Entre tus manos queda,
como un herido pájaro de greda;
como una flor truncada,
juguete de los vientos y la nada.

Tiniebla y luz, mi corazón procura
trocar en llamarada eterna y pura,
y es apenas ceniza
que el fugitivo verso no eterniza.

Fénix alado otrora;
hoy mínimo dolor que nadie llora.

XVI

I

Como el aire y el agua,
el poema
no habrás de comprarlo ni venderlo,
(como el aire y el agua).

II

Buscas
la plenitud de ser, frente a ti mismo,
la flecha y el neblí,
la nube
y el viento infatigable.

III

Trémulo, devastado
por el horror, intuyes
que las zarpas de Dios muerden tu carne
a través de los muros.

XVII

Si todo amor me estaba destinado
¿por qué este amor doliente y sin destino?
Si eras, amor, la meta y el camino
¿por qué este adiós de amor desamparado?

Si sólo eras lo incierto y lo soñado
¿por qué tanto en tu amor, mi amor, me obstino?
¿Por qué pervives, en llameante sino,
si eras fugaz fantasma a mi costado?

Si lo eras todo, al fin, y eras mi guía
y eras olvido y tiempo y lejanía
y astral eternidad indiferente
¿por qué tus sueños queman en mi frente
y mis pasos persiguen, cada día,
tu ayer de amor, desesperadamente?

Índice

De soledades y naufragios

I.....	Desde hoy, como a través de atroces muros
II.....	Sé que nunca mis ojos
III.....	No soy sino esta muerte que me habita
IV.....	Pude morirme en solitarios páramos
V.....	Este irme sin regreso, este alejarme
VI.....	En un rincón del tiempo te has quedado
VII.....	Eras como un cielo de tempestad hacia el cual nadie
VIII.....	Hoy como ayer, la vertical presencia
IX.....	Un plenilunio de grillos
X.....	Han vertido tu sangre
XI.....	Llegas entre el girar de las hojas
XII.....	Si hoy es la muerte el verte y no tenerte
XIII.....	Quise ser la quietud, la certidumbre
XIV.....	Al alba
XV.....	Inerme al fin, a tu piedad en entrego
XVI.....	Como el aire y el agua
XVII.....	Si todo amor me estaba destinado

En la carta de Rilke a un joven poeta, aquel aconseja a su interlocutor: "Descubra el fundamento que lo lleva a escribir; investigue si tiene raíces en el lugar más profundo de su corazón; reconozca si para usted sería necesaria la muerte en caso de ser privado de escribir. Esto ante todo: pregúntese en la hora más callada de la noche: "¿debo escribir?"

Los poemas de Raúl Barbalace que componen este libro no nos dejan dudas de que responden a ese origen. Reflejan la autenticidad y la sensibilidad de un artista, capaz de dar forma a una obra intensa.

Logrando interpelarnos, sus páginas nos hablan del amor, la sexualidad, la muerte, la búsqueda de sentido, la esperanza. En definitiva, los temas propios de la condición humana; quizás los únicos sobre los que se puede (se necesita) escribir. Lo que nos inquieta de nuestra existencia, lo que obsesiona y desvela.

Diego Abragiano



9 789874 580535



9 789874 580535